

dirección de su política exterior á la fidelidad memorable del alemán Nesselrode, del griego Capo d'Istria y del amigo de la infancia de Napoleón I, el corso Pozzo di Borgo.

III

La carta que la nobleza sublevada había impuesto en el siglo XIII á Juan sin Tierra, y que éste había revocado poco después de aceptarla, su hijo Enrique III continuó violándola con una falta de fe tan sin pudor, que los barones y prelados tuvieron que alzarse nuevamente contra las usurpaciones y la incurable perfidia de la corona. A su cabeza, para conducirlos en la lucha que debía echar las bases de la libertad y del sistema representativo de Inglaterra, se hallaba

un noble de origen extranjero, el conde de Leicester Simón de Montfort.¹

Su primer triunfo fué obtener con los estatutos de Oxford la confirmación de la carta magna de Juan sin Tierra, vigorizada con nuevas garantías y mayor firmeza en los principios; pero el rey, que había violado la carta tantas cuantas veces la había jurado, no tardó en faltar de idéntica manera á la fe ofrecida al

¹ Simón de Montfort nació cerca de Paris, en el pueblo de Montfort l'Amaury, donde hasta hace pocos años se veían las ruinas de un castillo, cuna antiquísima de su familia. Hijo del famoso jefe de la cruzada contra los albigenses. Heredó el feudo de Leicester y dejó á Francia para establecerse en Inglaterra. A la muerte de Blanca de Castilla, acaecida durante una ausencia de San Luis, rehusó la regencia que le ofrecía la nobleza francesa. Por el valor, el desinterés y la ruda energía de que siempre dió muestras alcanzó su ascendiente sobre los nobles de su nueva patria. Próximamente va á inaugurarse una estatua que los ingleses han erigido á Simón de Montfort, como al padre del parlamentarismo inglés, en el lugar mismo en que fué muerto y mutilado por el partido realista.

aceptar los estatutos. Igualmente obstinados, el rey en no hacer concesiones y los barones en exigir garantías; contando el primero con la Santa Sede que lo desligaba de sus promesas y con el rey de Francia que le prometía auxilio, y los segundos con el pueblo que en la causa de la aristocracia veía una causa nacional, la exasperación llegó á su colmo y la batalla de Lewes decidió la contienda.

El arte y la intrepidez de Montfort, que personalmente hizo prisionero al rey, dió el triunfo á la oposición aristocrática y Simón de Montfort gobernó la Inglaterra, con un consejo de barones. Su plan de gobierno, que fortificaba los privilegios de la nación, fué adoptado por el parlamento que en 1265 convocó dándole la forma definitiva que aun con-

serva. Ese parlamento, compuesto antes únicamente de barones y prelados, se completó con la *cámara de los comunes* formada con diputados de los condados y pueblos. La aristocracia asociándose así al pueblo, no sólo antes sino también después de la victoria, tomó su tutela é inauguró esa unión íntima en que se confunden todas las clases al defender derechos que pertenecen á la nación entera. Un servicio de tal importancia ha eternizado en Inglaterra la memoria del conde de Leicester.

Poco después de su triunfo, cayó Montfort en la batalla de Evesham sobre el cadáver de su hijo, traicionado por la baja envidia del conde de Gloucester, que creyó minorar su propia infamia llamándolo *extranjero*. "Así terminó sus largos trabajos el conde Simón, exclama su con-

temporáneo el benedictino Rishanger, ese hombre magnífico que no sólo había dado sus bienes sino hasta su vida para asegurar á los pobres garantías contra la opresión, y defender la justicia y los derechos del reino."

Un hijo adoptivo, á costa de su vida, había dotado á la Gran Bretaña del sistema representativo, base futura de su prosperidad y de su libertad política; otro hijo de adopción debía darle el más grande imperio colonial conocido hasta el siglo XV. Juan Cabot, ó Gavotto, originario de Venecia y establecido en Bristol, persuadió á Enrique VII de que por el noroeste de la tierra descubierta por Colón podía irse á las indias orientales. Cabot recibió encargo de organizar la expedición; pero, menos generoso aún que la reina de España, el soberano de In-

glaterra se negó á sufragar los gastos, limitándose á autorizar á Juan Cabot, á sus hijos y á sus herederos ó representantes á navegar, á expensas de ellos, en los mares del norte, del este ó del oeste con una flota de cinco buques para descubrir las islas, continentes ó territorios de gentiles ó paganos, desconocidos todavía de la cristiandad; autorizándolos á izar el pabellón inglés y á tomar posesión de las regiones que hallaren en nombre de la corona de Inglaterra. El rey se reservaba, además, el quinto del producto neto de la expedición. Cabot y su hijo Sebastiani difícilmente consiguieron equipar una nave en Bristol y tres pequeñas embarcaciones en Londres y con ellas se hicieron á la vela en 1497, siendo los primeros en descubrir la tierra firme¹ que

¹ Colón no vió el continente hasta su tercer viaje, efectuado en 1498.

recorrieron, siguiendo la costa, desde el cabo Bretón hasta la Florida.

Con este título, conseguido á tan poco precio, pudieron los reyes de Inglaterra, un siglo más tarde, conceder establecimientos en la América septentrional; hacer la guerra á Francia, que se había establecido en el Canada, y á Holanda, que había fundado los *Nuevos Países Bajos* en lo que hoy es New York y New Jersey; discutir en los congresos y obtener, por último, que su soberanía exclusiva desde el polo ártico hasta la Florida, fuese reconocida en la paz de Breda y en los tratados de Utrecht y de Paris.

Antes que Cabot engrandeciera á su país de adopción con el descubrimiento de la América del norte, dos franceses de alta gerarquía habían combatido en las filas inglesas: Roberto d'Artois, que

murió en el sitio de Vannes después de recibir de Eduardo III el título de conde de Richmond; y Godefroi d'Harcourt, jefe de una parte del ejército en la batalla de Crécy y poco después muerto valerosamente en un combate.

Durante la guerra civil, Carlos I en su lucha contra el *long parliament* no halló partidario más ardiente, general más impetuoso, ni súbdito más fiel que Roberto de Baviera. El príncipe Rupert, como más generalmente se le conoce, fué par, caballero de la *jarretière* y jefe de la caballería inglesa. Vencedor en Edge-hill y en York, héroe vencido en Marston-Moor y en Naseby, trató de continuar la lucha en Irlanda después de la ejecución del rey. Restaurados los Stuarts y colmado de honores por Carlos II, se batió en la guerra contra Holanda y, almirante

y miembro del consejo privado, dejó el servicio para cultivar las ciencias. En la misma época el doctor Dorislaus, holandés de nacimiento, que había sido profesor del colegio Gresham y autor del acta de acusación contra Carlos I, fué embajador de la república inglesa en su país de origen.¹

El error capital de Luis XIV, la revocación del edicto de Nantes, tan funesto para Francia, fué para los países protestantes una fuente de riqueza, de prosperidad y de influencia incalculables. Más de cien mil franceses:² nobles, indus-

¹ El embajador Dorislaus murió en la Haya, asesinado por seis nobles escoceses.

² "Unos dicen doscientos mil, otros quinientos mil y hasta un millón de individuos. La estadística presentada al duque de Bourgogne menciona solamente sesenta y siete mil. Las *Oisivetés de Vauban* elevan esta cifra á ochenta ó cien mil, que se llevaron treinta millones, aumentaron las flotas de nuestros enemigos con

triales y comerciantes, inteligentes y laboriosos, huyeron de las persecuciones llevando al extranjero, además de sus talentos y fortunas, los secretos que hasta entonces habían mantenido la superioridad de la industria francesa. Holanda é Inglaterra, Alemania y Suiza no sólo favorecieron esa emigración sino que se disputaron los emigrados, doblemente movidos por el interés de utilizar sus servicios y por el deseo de debilitar á un rival. Inglaterra no fué de las menos favorecidas. Generales victoriosos, oficiales y soldados aguerridos en las grandes luchas del continente engrosaron la armada y el ejército; hombres de ciencia, literatos y artistas de renombre llevaron

ocho ó nueve mil marineros y sus ejércitos con seiscientos oficiales y doce mil soldados."—Th. Lavallée. *Histoire des Français.*

un reflejo de la gloria que iluminaba la corte de versalles, y obreros inimitables en el trabajo de la seda, de la cristalería y del acero poblaron todo un barrio de Londres, transportando á la Gran Bretaña el cetro de la industria. Y no fueron estas las únicas ni las más graves consecuencias de la revocación del edicto de Nantes. De mayor trascendencia y de resultado más funesto para Francia, fué haber provocado con ese acto la formación de la liga de Augsbourg, que cambió el sistema político de Europa y puso fin al reinado de los Stuarts, privando á Luis XIV del apoyo de la Gran Bretaña.

La revolución de 1688 fué la reacción protestante contra la revocación del edicto de Nantes; pero el triunfo de un extranjero contra un rey legítimo y genuinamente inglés, en una nación como la

británica, sólo se explica buscando sus causas en la conducta de ese mismo rey y en la del que lo precedió. El más grande historiador de la Gran Bretaña¹ no vacila en afirmar que bajo el reinado de Carlos II "Inglaterra, por la imbecilidad y bajeza de su gobierno, había decaído tanto que cualquier principado alemán ó italiano, con un ejército de cinco ó seis mil hombres, ocupaba una categoría más importante entre las naciones," y que "los favoritos personales del soberano, sus ministros, y los protegidos de esos ministros, se habían saciado con los fondos públicos." "La más grande anarquía moral reinaba entonces en Inglaterra: rey, ministros, pares, miembros de la cámara de los comunes se vendían al

¹ T. B. Macaulay.

mejor postor: al rey de Francia y al stathouder de Holanda lo mismo que al rey de España y al emperador de Alemania. Todo sentimiento de honor había desaparecido, se violaban los juramentos y la fe ofrecida, el oro era el dueño de la nación y del gobierno."¹ Jacobo II continuó recibiendo, como su hermano Carlos II, la misma pensión de quinientas mil libras pagadas por el gabinete de Versalles como precio de criminales complacencias, y el embajador de Francia Barillon cuenta á este propósito, "que cuando le entregó los billetes, el rey de Inglaterra lloró enternecido y los ministros Rochester, Sunderland y Godolphin le tendieron los brazos y lo besaron."

El triste papel desempeñado en las ne-

¹ Th. Lavallé.

gociaciones de Nimega y la venta del honor y de los intereses de Inglaterra al rey de Francia; las aspiraciones al poder absoluto y á la ruina de la religión nacional acompañadas de persecuciones y de suplicios, hicieron inevitable la revolución, contenida hasta entonces unicamente por el temor de otra república como la de 1649. La indignación identificó, por fin, á la nación entera en un deseo común y whings y torys, anglicanos y presbiterianos se dirigieron á Holanda, de donde vino el príncipe Guillermo de Orange á libertar á Inglaterra con sólo quince mil hombres: holandeses, suecos, refugiados franceses, suizos, alemanes y hasta doscientos negros, mandados por el célebre Schomberg, mariscal de Francia expatriado por la revocación del edicto de Nantes.

La revolución triunfó; triunfó sin

derramar sangre, sin convulsiones ni desórdenes; triunfó sin manchar su gloria con patíbulos ni venganzas. “¡Se salvó Inglaterra, exclama Fleury,¹ se salvó en su honor, se salvó en su fe, y la salvación le vino de esa Holanda que tanto la república como los Stuarts, habían atacado insensata y criminalmente!”

Guillermo de Orange fué rey de Inglaterra, proclamado por las dos cámaras bajo el nombre de Guillermo III. Su reinado marca el período más importante de la historia de Inglaterra. Con él terminaron las revoluciones y concluyó la lucha que durante cuatro siglos sostuvieron los partidarios de la corona contra el elemento popular, introducido en la constitución inglesa por Monfort; Escocia

¹ *Histoire d'Angleterre.*